

Gobierno sultánico en Marruecos

JUANJO SÁNCHEZ ARRESEIGOR

Historiador, especialista en el mundo árabe e islámico contemporáneo

Los marroquíes no pueden comer un bocado, llamar por teléfono, viajar o realizar una gestión bancaria sin dejar parte de su dinero en los bolsillos del rey por sus amplios negocios

El maquiavelismo del sultán de Marruecos al abrir la frontera de Ceuta posibilitó la avalancha de inmigrantes ilegales, pero si España limitase por tierra con otros muchos países pobres y autocráticos, aunque sus gobiernos abriesen la frontera, los habitantes no estarían tan desesperados por escapar. Si Mohamed VI hubiera dejado abierta las fronteras de Ceuta y Melilla de manera indefinida, en un par de semanas habrían huido varios millones de marroquíes, dejando medio vacío todo el norte del país. Por lo tanto, aquí hay fenómenos que necesitan ser explicados.

Marruecos ha progresado materialmente. Existen realizaciones innegables como el magnífico puerto Tanger-Med, o las nuevas infraestructuras en Rabat y otras grandes ciudades. Pero detrás de esta fachada brillante, en los barrios marginales y en muchas zonas rurales se sigue padeciendo una pobreza pavorosa. La tasa de analfabetismo todavía es del 25% —en el campo supera el 47%. Y en el norte de Marruecos es mucho peor. En 60 años de independencia, casi ningún alto cargo ha sido rifeño, y en una cultura patriarcal jerárquica de familia extensa, si no tienes contactos no existes, de manera que el Rif ha sufrido una carencia crónica y acumulativa de inversiones en servicios públicos o infraestructuras. Las tasas de analfabetismo son casi el doble que la media nacional. Los otros países del Magreb lo han hecho bastante mejor. En Argelia, pese a su economía estatista cooptada por oligarquías corruptas, la tasa de analfabetismo es del 18,5% y las desigualdades entre campo y ciudad o entre hombres y mujeres son bastante menores. En Túnez, los analfabetos son todavía menos, el 13,75%.

La economía marroquí se ve sistemáticamente lastrada por el oligopolio de la familia real. Hace unos años se denominaba Ómnium Norteafricano, pero como ese nombre era pelín descarado, ahora se llama Al Mada y posee entre otras cosas el banco Attijari-



wafa, el mayor de Marruecos, la telefónica Inwi, una de las tres únicas autorizadas, o Marjane, la principal cadena de supermercados del país. Y posee amplias participaciones en los restantes bancos, telefónicas, supermercados, minería y toda clase de negocios. Por lo tanto, los marroquíes no pueden comer un bocado, hacer una llamada, viajar o realizar una gestión bancaria sin dejar parte de su dinero en los bolsillos del monarca.

Así están las cosas desde que Mohamed V, abuelo del actual monarca, logró independizarse de los franceses en 1956 y empezó a tratar a su propio país como una colonia o rancho del linaje real. Mohamed V pasó a denominarse rey en vez de sultán, como signo externo de modernización, pero el gobierno de Marruecos sigue ajustándose al milímetro a lo que Juan Linz y Alfred Stepan denominaron «gobierno sultánico».

—Un gobernante arbitrario que carece de

restricciones legales o incluso racionales.

—Se mantiene cierto pluralismo en la política y la economía, pero no hay Estado de Derecho y todo depende de la voluntad caprichosa del gobernante.

—Estado patrimonial, casi propiedad personal del gobernante, con límites borrosos entre lo público y lo privado.

—No hay verdadera ideología sino sucedáneos: culto al líder, exaltación de símbolos patrióticos/políticos, irredentismo territorial, religión instrumentalizada... aunque nadie se los crea de verdad.

—A diferencia de los sistemas totalitarios, no hay partido único ni movilización de las masas, más allá de acontecimientos ceremoniales a través de redes clientelares.

—La administración, la policía y las fuerzas armadas son instrumentos personales del líder.

Linz y Stepan redactaron sus tesis pensando en las dictaduras iberoamericanas, pero Marruecos se ajusta casi al milímetro a sus postulados. Los marroquíes se sienten como en una cárcel, obligados a fingir que acatan los consensos obligatorios sobre la monarquía o el Sáhara bajo pena de severos castigos. Por eso ansían escapar y el sultán les ayuda, porque la emigración es la válvula de seguridad del régimen, siguiendo la pérfida fórmula de privatizar los beneficios y socializar/externalizar los costes, en este caso hacia los países receptores de emigrantes. Cuantos más marroquíes emigren, menos quedarán para organizar protestas.

Gracias a la emigración, Mohamed VI puede comportarse como un terrateniente absentista, pasándose más de la mitad del año en viajes de placer por el extranjero. No necesita emprender reformas —que mermarían su poder y sus gigantescos beneficios—, porque puede exportar el desempleo y el descontento. ¡Pagan los vecinos! ¿Pero queremos pagar nosotros este gobierno sultánico? ¿Quiéren pagarlo los marroquíes de a pie? ¿Y qué estamos dispuestos a hacer para rechazar la factura?

Por el mismo sendero

La traducción de Temprano de 'The last of the Mohicans' muestra al ser humano en toda su capacidad de violentar

LORENZO SILVA



En 1826, hace ahora doscientos años, se publicó en Nueva York 'The Last of the Mohicans', una novela firmada por James Fenimore Cooper, antiguo alumno de la universidad de Yale —de donde lo echaron en el tercer curso— y exoficial de la U.S. Navy. Fue gracias a esto último, y mientras servía en el lago Ontario, como se familiarizó con el escenario de la historia, las zonas boscosas del norte del estado de Nueva York. En cada página se percibe el conocimiento directo del autor de todos los paisajes que describe, y en los que se enmarca la peripecia del explorador blanco Hawk-eye y sus dos amigos delaware, Chingachgook y Uncas, con el trasfondo de las guerras entre franceses e ingleses, y sus respectivos aliados nativos, a mediados del siglo XVIII.

Considerada su obra maestra —entre las muchas novelas que escribió a lo largo de su vida, incluída una de tema español, 'Mercedes of Castile'—, se hizo muy popular y dio lugar a una multitud de versiones cinematográficas: en 1911, 1920, 1936, 1968, 1977 y 1992. Esta última, dirigida por Michael Mann y protagonizada por Daniel Day-Lewis y Madeleine Stowe, es la más conocida y valorada por muchos como la mejor y —contra el juicio más habitual— como superior al original literario.

Quien sienta curiosidad por hacer su propia apreciación al respecto, lo tiene fácil gracias a la nueva traducción al español —de Miguel Temprano García— recién publicada por Ediciones del Viento con motivo del bicentenario. Una iniciativa que no puede ser más digna de celebrarse, en tanto que vuelve a poner a disposición del lector español una extraordinaria novela de un excelente escritor, y que para quien suscribe supera con mucho a la por lo demás meritoria película de Mann. Cediendo a una de esas exigencias de Hollywood, el cineasta se inventa un romance tan gratuito como postizo entre Hawk-eye y Cora Munro, la hija del jefe militar inglés, que abarata a ambos personajes y hurta al espectador la grandeza que alcanzan en el relato de Cooper.

La traducción de Temprano, pese a alguna errata y alguna repetición evitable —Cooper, cuyo léxico es exquisito, jamás cae en ellas—, traslada todo el sabor de una narración que explora con crudeza pero a la vez con genuina emoción y aliento épico un tiempo y unos hechos que muestran al ser humano en toda su capacidad de violentar a aquellos a quienes percibe como «los otros», y a la vez de alcanzar con ellos la más conmovedora y profunda fraternidad. Los monólogos finales de Chingachgook y de Hawk-eye, escritos en una prosa vibrante, tan alejada de la chata escritura hoy tan extendida, erizan la piel. «Los dones de tu color y el mío pueden ser diferentes, pero Dios nos ha puesto a andar por el mismo sendero», dice el explorador. Doscientos años después, sus palabras siguen removiendo a quien las lee.

CARTAS A LA DIRECTORA

Las cartas no deberán superar las quince líneas (1.000 caracteres con espacios) y tendrán que incluir el nombre, apellidos, dirección y un número de teléfono del remitente. Diario LA RIOJA se reserva el derecho a extractarlas. Correo electrónico: cartas@larioja.com

Eran gigantes

«Pues sí, querido Sancho, eran (son) gigantes y no molinos como querías hacerte ver...» Esta, que pudo ser la contestación de don Quijote a Sancho a vueltas con sus molinos y gigantes, es también la que desde hace unos días nos resignamos a aceptar los habitantes de Labraza. Los gigantes ya están alzándose y desde su engañosa blancura pintan las melenas del León Dormido.

Hace más de 250 años los Beratua cons-

truyeron cuatro hermosos gigantes en una vertical de menos de 15 kilómetros sobre el Ebro: las torres Gemelas de Logroño, la imponente torre de Oyón y la humilde y aireada torre de Labraza. Junto con las impresionantes torres de Briones y Santo Domingo forman parte de nuestra historia del arte barroco. Quizá, dentro de algunos años veamos en los manuales de arte los molinos de 200 metros que se concentran encima de Labraza. Ojalá que los cernícalos que anidan en sus campanarios aprendan a esquivar las aspas afiladas que los ame-

nazan y el buitre sea capaz de plantar su atalaya entre los torbellinos ruidosos de esos grandes molinos, ojalá.

Ahora que se habla de la Odisea, como Ulises, los labraceños atados al mástil hemos oído el canto de las sirenas que la subyugante propaganda entona a diario: ventajas en operaciones financieras, descuentos y tarifas especiales, luz casi-gratis, dineros varios. Y a pesar de que regresamos a nuestra Itaca particular seguimos escuchando ruido, mucho ruido. Y no precisamente de sirenas... Estamos resistiendo desde la resignación, sin conformarnos, sin someternos, sin entregarnos: renunciando a un beneficio en favor de la comunidad.

CARMELO BUJANDA REQUIBÁITZ

cartas@larioja.com